

que es víctima del *vértigo de las alturas*, no se había encontrado hasta hoy.

El aire de las capas superiores de la atmósfera, va empobreciéndose en oxígeno así que va aumentando la altura de esas capas atmosféricas, y por consiguiente, así que nosotros vayamos elevándonos en la atmósfera, nos hallaremos en condiciones más difíciles para ejecutar la vital función de la respiración. Mas esa falta de condiciones favorables para la respiración, no debe ser una dificultad insuperable para que la vida animal se desarrolle, pues si esto fuera, no existirían seguramente los numerosos pobladores de las altas mesetas de la América del Sur cuyas alturas difieren muy poco de las del Montblanc que es de unos 4800 metros.

Ante estos hechos cabe preguntarse pues: ¿cómo el organismo humano puede adaptarse á las condiciones del medio en las grandes alturas, siendo tan distintas estas condiciones de las del medio en que vivimos los habitantes de las llanuras? Ya hemos dicho que la cantidad de oxígeno que el aire contiene, á igualdad de volumen se entiende, es menor á medida que nos elevamos en la atmósfera; por lo tanto, para que el organismo humano pueda vivir en esas alturas donde hay pobreza de ese gas indispensable para nuestra vida, debe suceder una de estas dos cosas: ó bien respiramos más velozmente así que nos elevamos, ó bien nuestros pulmones adquieren la propiedad de aprovechar mejor el aire que entra en la cavidad en donde ellos ejercen su elevada misión, es decir, la propiedad de absorber una cantidad de oxígeno mayor que la que absorbían antes á igualdad de volumen.

Las experiencias efectuadas, hace ya algún tiempo, por físicos tan distinguidos como Bert y Reg-

nard, parecen probar que es la segunda de estas dos cosas la que realmente sucede, cuya conclusión, han venido á confirmar los experimentos realizados durante el pasado noviembre, por distinguidos médicos y físicos con el valioso apoyo del Aero-Club de París. Según estas experiencias, cuando el hombre se halla en puntos muy elevados, ni respira más velozmente que en el llano, ni aumenta la cantidad de aire que penetra en su cavidad torácica; pero en cambio, su sangre, se va enriqueciendo en glóbulos rojos, que son los encargados de quitar al aire el oxígeno que para vivir necesita nuestro cuerpo, y de aquí que, cuanto más ascendemos en la atmósfera, más fácilmente absorbemos el oxígeno del aire, es decir, aprovechamos mejor el aire que respiramos.

Siendo este el mecanismo, digámoslo así, de la adaptación de nuestro organismo á las condiciones de vida de las grandes alturas ¿cual será el motivo, la causa del *vértigo de las alturas*? Muy sencillo: el aumento del número de glóbulos rojos de nuestra sangre, se verifica rápidamente, y así resulta que, cuando subimos á una montaña por nuestro propio esfuerzo, ya durante el camino va aumentando el número de glóbulos rojos; pero como que para hacer la ascensión necesitamos ejecutar un trabajo muscular considerable, lo cual exige una mayor cantidad de oxígeno absorbido, no basta, para proporcionarlo, el enriquecimiento de nuestra sangre en glóbulos rojos como compensación del empobrecimiento del aire en oxígeno; y no bastando esto, hay que acudir al aumento de la velocidad de respiración, cuyo aumento, se traduce en un estado de fatiga que no puede persistir por algún tiempo sin dañarnos.

Hé ahí explicado, en pocas palabras, la causa del *vértigo de las alturas*.

A. Porta Pallisé.



DESPRENDIDAS

Una alegre mariposa
del cáliz de esbelta rosa
creía libar la miel.
Cuando no hacía otra cosa
la pobre, que beber hiel!

—Creo en Dios—Bien y qué? sigue creyendo.
Otro cree en Mahoma, y vá viviendo...!

Jurole la quería eon exceso.
Llamábale—¡Mi bien! ¡Mi dulce encanto!
Y mientras prometía todo eso
gritababa la «Verdad»—¡¡No hay para tanto!!

Bajó al jardín, y una flor
escogió Laura, la bella;
y al ir á aspirar su olor
halló en el cáliz de aquella
escrito en sangre: ¡¡Mi amor!!

—Creo en todo—(soy feliz), y al decir: creo;
empiezo por dudar de lo que veo.

No te fies de quien se llame á engaño,
que cuanto hagas por él, es propio daño.

Jaime Sardá y Ferrán.

Reus.